(21)

SAYNETE,

INTITULADO

GRACIOSO ENGAÑO CREIDO

DEL DUENDE FINGIDO,

REPRESENTADO EN LOS TEATROS DE ESTA CORTE,

PARA NUEVE PERSONAS.

CON LICENCIA:

EN MADRID: AÑO DE 1791.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima, junto á Barrio-Nuevo; y asimismo un gran surtido de Comedias antiguas, Tragedias y Comedias modernas; Autos, Saynetes, Entremeses y Tonadillas.

SAYNETE.

GRACIOSO ENGAÑO CREIDO

DEL DUENDE FINGIDO.

PERSONAS:

Rufina.	*Roque.*	*Un Sargento.*
Cirila.	*Sacristan.*	*Blas.*
Bernardo.	*Un Soldado.*	*Juanillo. Y otros.*

Casa pobre , con un cabo de vela encendido en un velador , una arca grande en medio : y al lado opuesto de las salidas un armario con puertas : salen Rufina , y Bernardo , éste á cuerpo , y muy alegre.

Bern. Rufina del alma mia,
á quien adoro , á quien amo,
y á quien para mi muger
van mis finezas ganando:
dí qué te ocurre á estas horas,
que tu prima me ha avisado
que venga corriendo.
Ruf. Oye,
Barbero mio : á mi hermano
le tenemos persuadido,
que anda Duende en este quarto,
él aunque un pobre Pastor,
resiste á creerlo , y te llamo
para que tú lo dispongas
de modo que el insensato
lo tenga por cierto , y puesto
que eres tan astuto , aguardo
(pues de quererme te precias)
que lo emprendas de contado.
Bern. Eso y mucho mas haré
por servirte. Ya he pensado
modo de salir con bien
de todo lo que has mandado.
Ruf. ¿Cómo?
Bern. No ignoras que tiene
para vernos , y tratarnos,
desde esta casa á la mia,
paso oculto aquese armario,
que solo sabes tú , y yo,
pues él ha de ser del chasco
el fac totum , con la ayuda
de los vecinos , que al tanto
me ayudarán , chito : y todo
déxalo de mi cuidado:
que quiera , ó no , ha de tragar
que hay Duende.

Ruf.

Ruf. Toma un abrazo,
y si sales bien de todo,
te ofrezco dar otros quatro.
Bern. Muger mas caritativa
no tiene el género humano;
mas vale lo que tú das,
que lo que otras han mandado.
Ruf. Oyes, procura andar listo,
que tenemos convidados
á cenar.
Bern. ¿Y quiénes son?
Ruf. El Paja larga, el Soldado,
que ha venido á ver sus gentes,
y su Sargento; son guapos,
y nos pueden descubrir.
Bern. A esos mas he de asustarlos,
que su valor es fachenda:
verás qué funcion armamos.
Dentro Roque.
Roq. Abre, Rufina, esta puerta.

Dando porrazos.
Ruf. Ahora estamos ocupados.
Roq. Pues me puedes avisar
en habiendo despachado.
Bern. ¿Quién llamará?
Ruf. Que sé yo.
Roq. ¿Abres? Porque eso va largo,
y me aprieta cierta cosa,
que ya no puedo aguantarlo.
Sale Cirila.
Cir. Prima, que tu hermano es ese,
que está á la puerta llamando.
Ruf. ¿Qué harémos?
Bern. Matar la luz:
Apagan la luz.
tú, Rufina, ábrele, y quanto
haga yo, lo apoyaréis,
siempre el intento esforzando.
Cir. Yo me escapo. *Vase.*

Dentro Roque.
Roq. ¿Abres, hermana? *Dando golpes.*
Ruf. Aguardarse, que ya abro.
Abre: y sale de Pastor, Roque, ridículo, con una cachiporra grande al hombro.
Roq. Lo que has tardado en abrir.
Ruf. Por correr caí un porrazo.
Roq. ¿Oyes, y estabas caida
ántes de haber yo llamado?
Ruf. ¿Por qué?
Roq. Porque yo discurro,
que tú caes á cada paso.
Bern. Abujas, que no es tan tonto *Ap.*
como habia imaginado.
Roq. ¿Por qué no hay luz?
Ruf. Ya te he dicho
que hay Duende, me la ha apagado,
y ha ido mi prima por otra.
Roq. Ya me tienes jorobado
con el Duende, y yo no creo
que haya tales espantajos.
Bern. Ahora lo voy á asustar
Aparte, y da á Roque.
dándole dos zurriagazos.
Roq. Ay pobrecito de mí,
que me han roto el espinazo.
Ruf. ¿Quién te ha hecho mal?
Roq. Que sé yo.
Ruf. El Duende te habrá pegado,
porque no lo quieres creer.
Roq. Malditos sean sus brazos.
Tira cachiporrazos.
Bern. Los tuyos.
Roq. Así pudiera
darle un buen cachiporrazo.
Bern. Rufina mia. *Tropieza con ella.*
Ruf. ¿Qué quieres?
Bern. Dame, puesto que me marcho
á seguir con lo demas,

otro abrazito.

La abraza, y ella chilla.

Ruf. Ay, hermano,
que me ha cogido á traicion
el Duende, y me está abrazando.

Roq. Déxale, que de esos Duendes
hay mil que hagan otro tanto.

Bern. Estos van por despedida,

Da á Roque.

y escapo por el armario.

Vase por dicho.

Roq. ¡Ay que me aplastan!

Ruf. No chilles.

Roq. ¡La serenidad te alabo!
¿Pues, muger, no he de quejarme
si me está á golpes matando?
¿Le has visto tú alguna vez?

Ruf. Varias se me ha presentado:
va vestidito de Abate,
es muy amigo de estrados,
cortejador de mugeres,
y mueble desocupado.

Roq. Pues con esas circunstancias,
que le has ido tú pintando
andan en Madrid mas Duendes
que hay bolsillos acabando,
por la sobra de Abutardas,
que los han ido chupando.

Ruf. ¿Traes luz, Cirila?

Sale Cirila santiguándose, y con un candil encendido.

Cir. ¡Qué susto!
el pelo traigo erizado.

Roq. No es novedad, que á tu Padre
le sucedia otro tanto.

Ruf. ¿Qué te ha pasado?

Cir. Cien veces
he encendido, y he atizado
este candil, y otras tantas
el Duende me le ha matado.

Roq. En desgracia estais; ¡que á mí
jamas me le haya apagado,
ni me le apagará!

Con disimulo apaga Rufina el candil que tiene Cirila.

Cir. Mira,
si apénas lo has pronunciado,
en castigo de tu culpa,
á obscuras nos ha dexado.

Ruf. Cirila, huyamos de aquí.

Cir. Bien decis, Rufina, huyamos.

Vanse las dos.

Roq. Como soy que va de veras;
el Sacristan Juan Pelao
es mi vecino, al instante
voy que venga á conjurarlo,
que yo con mi cachiporra
le ayudaré por un lado. *Vase.*

Sale por el Armario Bernardo, y sacará una Escopeta.

Bern. Ya he atisvado que se han ido.
¡Pobre patan, quál le traygo!
mas no han de parar aquí
los enredos de mi chasco,
que á todos he de poner
tontos, y atemorizados.

Sale Rufina con un candil encendido.

Ruf. Dueño mio, ocúltate,
que el Sacristan, y mi hermano
vuelven para conjurar
casa, personas, y trastos.

Bern. Cuenta, que á nada te asustes
de lo que veas. Ya pasos
se perciben, ponte inmóvil,
como que estás procurando
encender con el candil
aquese trozo de cabo,
que el velador tiene.

Ruf. Bien.

Bern. El disimulo te encargo,

y á Dios, porque si te ries,
fué la tramoya rodando.

Vase Bernardo por el armario. Rufina se pone en postura inmóvil, alargando como para encender el cabo, que tiene en el velador: salen Roque temblando, con una vela encendida, y el Sacristan con bisopo, y calderilla.

Roq. Aquí en este quarto anda:
Sacristan, ve conjurando.

Sac. En dándole yo dos voces,
dos pares de guisopazos,
y un exî foras, verás
qué presto levanta el campo.

Roq. ¿Tú tiemblas?

Sac. Es el fervor
que me infunden estos casos.
¿No ves cómo está tu hermana?

Reparan en Rufina, y se acercan á ella.

Roq. ¡Parece estatua de marmol!
Muger, enciende esa luz,
alarga mas esa mano.

Toca á Rufina, y vuelve en sí, y enciende el cabo del velador.

Ruf. ¡Qué susto! No puedo hablar:
al encender (¡ó qué pasmo!)
esa luz, me quedé inmóvil.

Roq. Así se hubieran quedado
al apagarla otras muchas
que hay por el mundo rodando.

Sac. ¡Qué temor! ¿Roque, y el Duende
á dónde se habrá ocultado?

Roq. A ver si está en aquel arca:
Mira el arca, y el armario.
nada tiene: en este armario
me discurro que tampoco:
Sacristan, ve conjurando
la casa, ántes que tú, y yo
abestruces nos volvamos.

Sac. Ya empiezo: con esas luces
poneros á mí inmediatos.

Se ponen á sus lados temblando los tres, empieza el conjuro, echando bisopadas.

Duendecillo revoltoso,
con cuyo genio dañado
andas á estas pobres gentes
dando temor, yo te mando,
que á estos asperges que echo,
marches de aquí.

Desde dentro del armario dice Bernardo el medio verso siguiente, disparando á su último verso, por entre la puerta del armario, un escopetazo á la luz, que hay en el velador, de modo que la apague, y al estruendo cae en el suelo Sacristan y Roque, éste apagando la luz que tiene, el otro tirando el bisopo y calderilla, y Rufina con el candil que tiene temblando.

Bern. Ya me marcho; *Con voz grave.*
y porque no lo dudeis,
así quiero acreditarlo. *Dispara.*

Los 2. ¡Ay, que me han muerto!

Ruf. Y á mí;
iros los dos levantando,
porque yo estoy de tal modo
que creo que me desmayo.

Roq. ¿Sacristan, oistes, que dixo
con voz grave, ya me marcho?

Sac. Y qué trueno que pegó
al salir el condenado.

Ruf. La luz de aquel velador
apagó con el bombazo;
el candil colgaré en él
miéntras otras luces saco.

Pone el candil en el velador.

Sac. Ya no volverá: á Dios, Roque,

y avisa si sientes algo.
Ruf. Que se quede aquí á cenar,
pues tenemos convidados.
Roq. Que se quede norabuena:
ya no ha de ser mas el gasto,
pues donde cenan ocho,
tambien podrán cenar quatro.
Sale Cirila.
Cir. Roque, Rufina, mirad,
que han venido los Soldados.
Roq. Caballeros, adelante.
Salen Soldado, y Sargento, muy derrotados de vestido.
Sarg. Sea el Señor alabado.
Sold. Roque querido, hombre, llega,
te daré un millon de abrazos.
Le abraza.
Sarg. Yo les daré á las Patronas
quatro millones.
Va á abrazar á las dos, y lo impide Roque.
Roq. Despacio,
déselos uste á mi burra,
que está alla fuera mascando.
La cortedad de esta gente
es lo que yo mas alabo:
á primer vista se avanzan
hasta lo mas retirado.
Ruf. Prima, saquemos la mesa,
y todo lo necesario.
Sacan las dos una mesa con manteles, platos, y jarro, y ponen sillas.
Sold.¿Con que anda Duende en tu casa?
Sarg. No hay que creer tales disparos.
Sac. Si yo le acabo de echar.
Roq. De no volver, seña ha dado.
Sarg. Y si vuelve, de una voz
le dexarémos temblando.
Sold. Con los Soldados no quiere
andarse á fiestas el diablo.
Roq. Pero con las diablas ellos
suelen tener buenos ratos.
Ruf. ¿Sacamos la cena?
Roq. Sí,
vamos todos á sentarnos.
Se sientan, y ellas se van.
Sold. Sacristan, ¿y Anton Cachetes?
Sac. Uno le dió el Boticario,
que no volvió á hablar palabra,
y tuvimos que enterrarlo.
Roq. Paja Larga, ¿con que tú
Al Soldado.
habrás en la guerra estado?
Sold. ¿No he de estar? mira el pescuezo
lleno de bayonetazos.
Roq. Sin ir allá hay infinitos
que les sucede otro tanto.
Sac. ¡Qué rotos vienen ustedes!
Sarg. Esto es de puro balazos.
Roq. ¡Pues cómo estará el pellejo,
si de esta forma está el paño!
Suena dentro ruido de quebrarse vidriado, y vidrio, dicen el verso siguiente Rufina, y Cirila, muy recio, y chillando, y todos se levantan de la mesa.
Dentro Cirila, y Rufina. (de!
Cir. y Ruf.¡Ay qué desgracia tan gran-
Sac. ¿Qué será aquello?
Roq. Acudamos,
que algun basar se ha caido,
segun el ruido ha sonado.
Vanse todos.
Salen por el armario Bernardo, y Juanillo, tiran en desórden por el suelo quanto hay en la mesa, y los asientos, retirando ésta á un lado.
Bern. Antes que á este sitio vuelvan
el

el jarro, sillas, y platos,
en el suelo esparramemos,
porque entiendan al mirarlo,
que pudo haber sido el Duende
el autor de tal estrago.

Juanil. El juicio se han de volver
quando lleguen á mirarlo.

Bern. Dí á Blas que salga.

Sale Blas por el armario, cubierto cara y todo con una sábana, y debaxo vendrá vestido de esqueleto, le tienden á la larga en medio del tablado, y con los manteles (que serán bien grandes) le tapan todo, quedando extendidos como si estuvieran puestos en la mesa.

Blas. Ya vengo
del modo que me has mandado.

Bern. Ponte aquí en medio tendido,
y dexémosle tapado
con los manteles, y luego
que te descubran, cuidado
qué executes el papel
del modo que te he encargado.

Blas. Cuenta si es que me conocen,
y me rebientan á palos.

Bern. No temas, vamos los dos
á proseguir lo acordado.

Bernardo, y Juanillo entranse por el armario.

Salen Roque, y los demas que entráron, y al ver el desórden de los trastos, se agarran temblando todos.

Roq. Cayó el basar, y murió
una carga de vidriado,
que valia treinta pesos.

Tod. ¡Ay, qué es esto que miramos!

Reparan, y se agarran, como está dicho.

Ruf. ¡Qué estrago ha habido con todo!

Cir. El Duende lo habrá enredado.

Sac. El me las pagará, ¡ah perro!
ya nos verémos entrambos.

Sold. Fuera temor, recojer

Temblando lo alzan.

los asientos, y los trastos.

Sarg. Valor todos.

Roq. Sí, valor,
y los dos estais temblando.

Ruf. Señores, ¿qué habrá en el suelo
con los manteles tapado?

Sold. Que lo mire el Sacristan.

Se rebulle Blas.

Sac. ¿Yo? que lleguen los Soldados.

Los 4. ¡Ay! ¿No veis que se menea?

Ruf. Cobardes, llegad los quatro,
y cada uno de su punta
á un tiempo podeis alzarlo.

Los 4. Por mí, valor, y lleguemos:
¿qué diantres habrá debaxo?

Los quatro agarran cada uno una punta de los manteles, alzan á un tiempo, y con prontitud se queda en pie Blas, de esqueleto, dexando la sábana en el suelo, y los quatro al verlo se retiran.

Blas. Lo que veis.

Cir. y Ruf. ¡Jesus qué miedo! *Vanse.*

Sac. Surge, perverso espantajo. *Vase.*

Roq. Soldados, si sois valientes,
ahora es tiempo de mostrarlo.

Sarg. Yo no riño con los muertos. *V.*

Sold. Vengan vivos, y no diablos. *V.*

Roq. ¡Ay que me han dexado solo!

Blas. Ven acá, dame un abrazo.

Anda ácia él con los brazos abiertos.

Roq. Usted me dé su licencia,
que yo no abrazo á los machos.

Blas. Si no quiero que te vayas.

Roq.

Roq. ¿Teneis que mandarme algo?
Blas. Trae hisopo, y calderilla,
y vuelve aquí de contado,
asistirás á mi Entierro
que le estan ya preparando.
Roq. Usted será el primer muerto
que se va á la tierra andando.
Voy por ella. ¡Ah Duende imfame,
qué de sustos que me has dado! *V.*

Salen por el armario Juanillo, y Bernardo, éste saca en la mano una peluca, y casaca de militar ridícula, y el otro una hacha encendida: salen todas, y todos los demas hombres de la Compañía, ellas de viejas con basquiña, manto, anteojos, pañuelo por la cabeza, y muletilla; Bernardo, Juanillo, y todos los demas de Sacristanes, con bonetes ridículos, y unos, y otras sacan una cerilla apagada, y ponen á Blas la casaca, y peluca, de modo que parezca un esqueleto de militar, dándole Juanillo el hacha que saca, y para mas desfigurarse los hombres sacarán vigote y perilla, pintada ó postiza.

Bern. Vamos afuera corriendo,
y á Blasillo irle encaxando
la casaca, y la peluca,
y todos á sus dos lados,
encendidas las cerillas,
nos quedarémos formados.
Todos. Encendamos.

Encienden, apagan el candil, y se ponen á los lados de Blas.

Juanil. Toma el hacha.
Blas ¡El diantre es este Bernardo!
Bern. Cuenta con matar las luces
á su tiempo, y escaparnos.
Todos. Está bien.
Bern. Sérios, y graves,
que se escuchan cerca pasos.

Sale Roque con hisopo, y caldera, y al verlos se llena de temor.

Roq. Ya vengo:::- ¡Pero qué miro¡
¡válganme todos los Santos
que hay en el Cielo, y la tierra!
Ya ésta el entierro formado:
¡y qué quadrilla de bruxas
y de cuervos enlutados
se han juntado en un instante
para ir al muerto alumbrando!
¡Qué es lo que me pasa!
Blas. Llega,
nos irás acompañando.
Roq. ¿De qué puedo servir yo?
Blas. De ir el requien entonando.
Roq. De ver con peluca el muerto *Ap.*
me estoy de risa rajando.
Blas. ¿De qué te ries?
Roq. Me rio
de verle á usted tan profano.
Todos. ¿Empiezas á cantar?
Roq. Ya
voy, como sepa, empezando.
Blas. Hacer el coro unos, y otros,
y vaya el entierro andando.

Dan todos una vuelta al tablado en forma de entierro, delante Roque con hisopo, y caldera; todos, y todas á los lados de Blas alumbrando, siendo él el último, muy tieso, y grave con el hacha en la mano: y cantan en tono de entierro.

Roq. ¿Qué hacen la mayor parte de los
que heredan?
Tod. Renegar quando el muerto poco
les dexa.

Roq. ¿Por qué lloran las viudas dando chillidos?

Tod. Porque ántes no enterráron á sus maridos.

Se paran todos, vuélvese Roque de cara á Blas, y hechando hisopadas dice, como en ofertorio.

Roq. Dios me dé salud.

Tod. Y todos tambien.

Roq. Dinero, y descanso tengamos.

Tod. Amen.

Vuelven á andar, y cantar.

Roq. ¿Por qué van á los duelos tantas visitas?

Tod. Por refrescar de valde los nueve dias.

Roq. ¿En qué pára el entierro mas bien formado?

Tod. En volverse, como éste, broma y fandango.

Toca fandango la orquesta, echa á baylar Roque, tirando hisopo, y caldera, apagan á un tiempo todas las luces que tienen, quedándose á obscuras, vanse entrando por el armario, y estando todos dentro cesa el fandango, dexando de baylar Roque, y los versos siguientes los dice despacio, para dar lugar que se muden ropa los que se han entrado.

Roq. Vaya que en medio de ser
tan revoltoso este trasto
de Martinito, hace cosas
de risa; á la gente llamo:
vecinos, Rufina, nadie
me responde, y se ha quedado
esto en silencio, y á obscuras.
¿Si habrán al muerto enterrado?
¿si me agarrará? ¿qué haré?
muy queditito me marcho
por una luz, y así á todos
los cogeré descuidados.

Vase á tientas.

Salen por el armario Bernardo, Juanillo, y Blas, en trage de Zapateros, saca cada uno su esportillo, banquillo, y un parche grande en un ojo, ponen en el velador un cabo encendido que sacan, y se sientan á coser zapatos, muy disimulados.

Bern. Ahora ha de ser la funcion,
quando mire trasmutado
el entierro en Zapateros.
Chicos, sentarse, y cosamos.

Juanil. Y ahora es quando nos conocen,
y tuvo fin el engaño.

Blas. No lo creas, que estos parches
nos tienen desfigurados.

Bern. Callar, y coser, que vuelve
el pobre Roque temblando.

Sale Roque.

Roq. Si el muerto estará:::-¡ay, qué veo!

Con luz, y se asusta.

¡qué hechicería! ¡qué encanto!
tienda de Zapatería
se ha convertido mi quarto.

Juanil. Primo de toda mi vida.

Se levantan, y le abrazan.

Blas. Abrázame concuñado.

Bern. ¿Es hora de que te vea,
apreciadísimo hermano?

Roq. Hasta ahora yo no sabia
que tengo parientes Diablos;
bien que Diablos, y parientes
es uno por lo arrimado.

Bern. ¿Cómo en presidio te ha ido?

Roq. Si yo en presidio no he estado,
(bor-

(borrachos estan los tuertos).

Juanill. ¡Qué barbazas!

Blas. ¡Y qué flaco!

Roq. Dios mio, á que me hacen creer
que en otro me he transformado.

Bern. Y trae un zapato roto.

Roq. Señor, si son nuevos ambos.

Bern. Si yo veo mas que tú:
compañeros, agarrarlo,
se le dará una puntada,
para que no le entre el barro.

Le agarran, y chilla.

Roq. Que no quiero.

Blas. Chito digo,
ponga el pie sobre ese banco,
que presto se acabará.

Roq. Rufina.

Bern. Vamos callando,
que aquí se cose ligero,
zas, y ya estás despachado.

Han agarrado Blas, y Juanillo á Roque, le han hecho poner el pie sobre el banquillo que sacáron; Bernardo ha tomado un martillo, y una lesna, y le clava la punta del zapato contra el banquillo: Roque chilla, y anda á la pata coja con el banquillo prendido al pie: apagan la luz que hay en el velador, y se entran los tres por el armario.

Roq. Ay, que me han pasado un pie.

Bern. Matar esa luz, y vamos.

Aparte, y Vase.

Roq. Quién me socorre, Rufina
ven, porque estoy enleznado.

Sale Rufina con la luz, que pone en la mesa, y llega á quitarle la lesna.

Ruf. ¿Qué tienes?

Roq. Saca esta lesna
con que estoy aquí clavado.

Ruf. Dura está; mas ya salió.

Roq. No ves, coxo me han dexado.

Ruf. ¿Quién te ha puesto así?

Roq. Esos perros:::-

Vuelve á buscar los Zapateros, y al no verlos se santigua.

pero ninguno ha quedado:
Dios sea conmigo, abernuncio.

Ruf. ¿De qué te santiguas tanto?
¿has visto al Duende?

Roq. El infierno discurro
que se ha mudado
en esta casa: ¿y los otros
que estaban de convidados?

Ruf. Se fué por la chimenea
la cena, con que asustados,
se marcháron dando gritos,
medio muertos, y asombrados.

Roq. Yo voy á dar cuenta al Cura
porque venga á remediarlo.

Ruf. Y yo á hacer unos torreznos,
pues se desgració el guisado. *Vase.*

Roq. ¿Qué haré? si voy, dexo sola
á Rufina, y ese andrajo
de foleto, me parece
(segun yo tengo notado)
que á ella la suele abrazar
miéntras me da á mí de palos;
Roque, mudemos de intento,
en aquel arca me zampo,
y por el grande agujero
de la cerradura, trato
mirar todo quanto pase;
abro la tapa, y me encaxo.

Métese en el arca, y por el agujero de la cerradura, que será grande, atisva: Salen Rufina mirando á todas

das partes, y se va acercando al armario.

Ruf. Solo está todo, ya creo
que habrá marchado mi hermano.

Roq. No tan lejos que no pueda
en tono de estar jugando
encaxarte encima un terno
de quatro mil garrotazos.

Ruf. Quiero al armario llegar,
Habla quedo.
y llamar á mi Bernardo.

Roq. ¿Qué irá al armario á buscar,
que tan quedo va llegando?

Ruf. Abro, y llamo: ¿Duendecito? (do

Roq. ¡Que oígo! por Dios que ha llama-
al Duende: ojos, y oidos,
aquí es menester rasgaros.

Ruf. ¿No me oyes, Duende?

Sale por el armario Bernardo en su vestido natural de Barbero.

Bern. Bien mio,
aquí estoy á tu mandado. (Duende

Roq. ¿Qué es lo que ves, Roque? él
es él Barbero. ¡Ah malvado!
yo te aseguro que salgas
mas ligero que has entrado.

Bern. ¿Con que tu hermano está lelo?

Ruf. Le tienes medio atontado.

Roq. Callar, que ya lo veréis,
pues voy el juicio cobrando.

Bern. Oyes, que nunca le digas
que yo he sido el de estos chascos.

Roq. Ya lo sé, rapa quijadas,
muy tarde viene el encargo.

Bern. ¿Dónde está ahora?

Ruf. Ha salido,
no vivas con sobresalto.

Roq. A saber él que aquí escucha,
no estuviera tan despacio.

Bern. Todo estoy lleno de polvo
de andar saliendo, y entrando.

Ruf. Y yo tambien.

Roq. Yo prometo
de sacudirosle á entrambos.

Ruf. ¿Quánto me quieres, Barbero?

Bern. Mas que á un dia de descanso.

Roq. Pues para tí en el que estás
será de muchos trabajos.

Ruf. ¿Y te casarás conmigo?

Bern. Te daré palabra y mano.

Ruf. Así hubiera aquí un testigo
para mas asegurarlo.

Sale Roque del arca, dexándola abierta, y al verle se separan las manos; Roque corre detras de ellos dándolos con los mata pecados.

Roq. Aquí estoy yo, si es que sirvo,
infames picaronazos;
todo lo sé ya.

Ruf. Escapemos,
que este negocio va malo, *Vase.*

Roq. Algo peor se ha de poner
si á jurisdiccion te agarro:
tú dices que tienes polvo,
así te lo iré quitando. *Dale.*

Bern. Que soy espíritu, tente,
ó te confundiré.

Roq. Palo,
que si no te vuelves ayre
has de salir mal librado.

Bern. Aquí me zampo.

Entra en el arca, y Roque cierra, y se sienta encima.

Roq. Cogite,
y encima estaré sentado
miéntras te curo la alorre,
pues ya te tengo atrapado:
Soldados, Vecinos, todos
venid, que tengo encerrado

al

al Duende que nos tenia
llenos de temor, y espanto.

Salen Cirila, Soldado, Sargento, y Sacristan con escopetas.

Los 4. ¿Donde está el Duende?

Roq. Metido
en este arcon.

Sold. Quita á un lado,

Apuntando al arca.

le encajaré un par de balas.

Sarg. Apártate, que disparo.

Sold. Desvia, porque le tiro.

Cir. ¡Ay Barbero desdichado, *Ap.*
muy apretado te veo,
si el Cielo no hace un milagro!

Los 3. Muera.

Roq. Vamos poco á poco,

Báxase del arcon.

porque yo quiero sacarle,
para que todos le vean,
ántes del asesinato.

Sarg. ¿Y si se convierte en mosca?

Sold. ¿Y si se vuelve vilano?

Sac. Roque, que se ha de escapar.

Roq. ¿Qué se ha de escapar? Ya abro.

Los 3. Valor, y apuntemos.

Apuntan temblando, y saca Roque á Bernardo.

Roq. Duende,
alarga acá esas dos manos,
y sal fuera.

Bern. Ya obedezco;
ahora quanto pequé pago.

Sold. y Sac. Este es Bernardo el Barbero.

Sarg. Yo no entiendo de Bernardos:
dí si eres Barbero, ó Duende,
ó te tumbo de un balazo.

Apuntándole.

Bern. Tenga usted, Señor Sargento,
que el Barbero soy: yo amo
á la hermana de Roquillo,
me persuadió que á su hermano
le hiciera creer que habia Duende
en su casa, y ese armario,
que tiene paso á la mia,
modo me ha facilitado
para hacer tantos enredos;
y así, mi Roque, postrado

Se arrodilla.

de todo perdon te pido,
y que seamos cuñados.

Sale Rufina.

Ruf. Y yo lo propio, hermanito;
no te muestres agraviado.

Roq. Barbero, levanta, y Dios
haga á entrambos bien casados,
que siempre Duende, ó Fantasma
pára en lo que esto ha parado.

Tod. Viva Roque.

Roq. ¿Y quiénes eran
los que al enredo ayudáron?

Salen todos.

Tod. Los vecinos.

Roq. Dios permita,
por el susto que he pasado,
que bayles de noche, y dia
siglo y medio sin dexarlo.

Sac. Amen; que al Sacristan toca
responder en estos casos.

Sold. Y finalizando aquí
el pensamiento:::-

Tod. Postrados,
perdon, y aplauso pedimos
á nuestros apasionados.

FIN.